

OPINIÓN

LA MUJER INVISIBLE

LA TRIBUNA

SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS

@gutsolis



Un editorial barcelonesa Seda ha tenido a bien publicar, en este mes de marzo, casi coincidiendo con el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, el ensayo de la columnista del diario *The Guardian* Helen Walmsley-Johnson, *La mujer invisible*. La escritora, tal y como hace en su columna desde haya varios años, *The vintage years*, aborda desde la ironía, incluso desde el humor, pero también desde la inteligencia y la reflexión, las coyunturas, circunstancias, quehaceres y problemas, de toda índole, a los que se deben enfrentar las mujeres maduras, aquellas que han superado la frontera de los cincuenta años. Con lenguaje directo, fresco, mirando a los ojos del lector, buscando la complicidad de la lectora, a la que no cesa de preguntar, Walmsley-Johnson nos muestra el desconocido y poco estudiado universo de la mediana edad de la mujer y las diferentes disyuntivas o caminos ante los que se enfrenta. Como en su día propuso su compatriota Tony Blair, la columnista británica nos trata de convencer que es posible una tercera vía, y que sitúa entre aquellas mujeres que empiezan a aceptar que su mejor momento ha pasado, que ya han alcanzado los hitos que les tenía reservada la vida y que esperan, con cierto agrado y satisfacción, la edad de jubilación, y entre otras esas mujeres que con deportivas,



gimnasios, tejados rotos, cirugía y bótox tratan de desafiar el paso del tiempo, convencidas de que es posible habitar, o al menos transitar durante más tiempo del establecido, en una falsa juventud. Walmsley-Johnson, ante estas formas casi irreconciliables de enfrentarse a la vejez, se muestra convencida de que es posible, y sobre todo necesaria, su tercera vía, en la que no es necesario darse por vencidas, pero que tampoco la obsesión por la juventud sea una máscara que las aleje de la realidad. Es decir, no se trata de renunciar a la madurez o de resignarse ante ella, se trata, simplemente, de vivirla con todas sus consecuencias.

Para la autora inglesa, esta tercera vía, que no es más que explorar y disfrutar de un ciclo vital asumiendo y aceptando sus peculiaridades, sin renunciar a nada, es la

mejor manera de acabar con la que denomina *la mujer invisible*, y que es esa que ya no está o que simplemente representa otra que no es realmente. Aunque haya quien así lo entienda, no es *La mujer invisible* un libro solo para mujeres, ya que hay cuestiones como la influencia de los medios y de la publicidad en nuestros hábitos de vida, las relaciones, la preocupación por nuestra economía futura o el sexo que entiendo interesan tanto a hombres como mujeres. Un libro que recomiendo, que divierte y emociona, de la misma manera, que te abre los ojos en diferentes cuestiones que jamás te habrías planteado, y que, sobre todo, visibiliza a unas mujeres con las que convivimos y que con demasiada frecuencia no sabemos o no queremos conocer o disfrutar con la intensidad que se merecen. Mien-

tras leía este libro me fue imposible no recordar, casi recapitular, todas esas mujeres, siempre demasiadas mujeres, que hemos o seguimos invisibilizando. Siempre demasiadas mujeres invisibles.

Y así, constátele, hemos construido una Historia sin mujeres, ni guerreras, ni artistas, ni científicas ni nada de nada. No es de extrañar que construyéramos, al mismo tiempo, un idioma que las ignora y que

Y así, constátele, hemos construido una Historia sin mujeres, ni guerreras, ni artistas, ni científicas ni nada de nada

tanto y tanto cuesta que sea definitivamente inclusivo. O las mujeres del mundo rural, que con frecuencia han sido las verdaderas protagonistas de las actividades agrarias y/o ganaderas, o las mujeres con discapacidad, que han padecido una doble o triple discriminación, o la invisibilidad de las mujeres lesbianas, que durante décadas han tenido que amar y sentirse amadas en las oscuras alcantarillas de la sociedad, lejos de nuestra mirada. O las mujeres deportistas, que apenas siguen mereciendo un brevísimo espacio en los diarios pese a que sus triunfos son similares a los de los hombres. Todas esas mujeres invisibles merecen y necesitan ser mostradas a la luz, tal y como ha hecho Helen Walmsley-Johnson en su libro. Y no solo en las cercanías del 8 de marzo, que tan fácil resulta abrazarse al morado o colocarse un pin en la solapa. Tenemos que conseguir, entre todos, entre ellas y nosotros, que sean visibles todos los días de nuestras vidas.

Postdata

RAFAEL PADILLA



EL MONTE DE LA CABRA

RESULTA revelador el comunicado emitido por la Asociación de la Prensa de Madrid (APM) a propósito del amparo solicitado por un grupo de informadores que se sienten "acosados y presionados" por Podemos. Según señala, existen pruebas que demuestran los ataques dirigidos a concretos periodistas, cuando sus informaciones incomodan a los gerifaltes de la formación morada. Exige la APM a Podemos que cese en su campaña sistematizada contra profesionales de distintos medios, "a los que amedrenta y amenaza".

Sobre lo que allí se denuncia, haré hoy dos consideraciones básicas. La primera, meramente táctica, se refiere a la finalidad inmediata de estas actitudes filomafiosas: de lo que se trata es de deslegitimar al periodismo, de crear un estado de opinión social en el que el periodista sea visto como un simple peón del poder. Sólo será un profesional respetable quien jamás estorbe la prometida conquista de los cielos. Inque-

tar tal empeño, aún relatando lo cierto, es un acto contrarrevolucionario. Las noticias que obstaculicen ese logro son ilegítimas, no porque no sean veraces, sino porque retrasan y dificultan la consecución de un bien superior al que todo debe sacrificarse y supeditarse. No es la verdad la que traza la frontera entre la buena y la mala prensa, sino el grado de colaboración con la causa.

La segunda, más dañina y menos infantil, gira en torno a la idea que Podemos tiene de los medios de comunicación. Para Iglesias y para su partido no es posible ese periodismo libre y democrático al que dicen aspirar, si permanece en manos privadas, ajenas al control gubernamental. La razón es archisabida: estos medios *descontrolados* se constituyen entonces en poderes fácticos, no sometidos al examen de las urnas, que trasladan al pueblo la influencia del maléfico capital. En realidad, no hay apenas distancia entre la posición de Iglesias y la de Trump, ambos hartos de indecibles que no paran de poner zancadillas a sus ortodoxos paraísos.

Olvida tanto forofofo de la posverdad que la experiencia enseña. Al menos en España, todavía recordamos como funcionaba el opaco e idiotizante monopolio de la información estatalizada. Era un monte umbrío, paralelo y similar al que reinó y reina en las utopías comunistas. Los extremos se tocan y asquean por igual. La cabra de Podemos tira a sus yernos riesgos de siempre. Y en nuestras manos está el impedir el triunfo de sus muy rancias y esclavizantes obsesiones.

Gafas de cerca

JOSÉ IGNACIO RUFINO



@TachoRufino

NIÑO, A LA MILI

El juez de Menores Emilio Calatayud es, como dirían pequeños y jóvenes hoy, un personaje. La opinión que de él tiene la gente podría ser un buen marcador de las Españas: la de "orden", que le profesa devoción, y la "contrariosa", que no. Su discurso es de un natural que lo coloca en la incorrección política. Su *Decálogo para convertir a los hijos en delincuentes* hace furor entre mucha gente, en general gente partidaria de más autoridad y coacción sobre los niños que, según sostiene él, no son nenos buenos *per se*, y se nos van de las manos con internet y la pedagogía progresista: cree imprescindibles los sopapos "a tiempo", llama "moritos" a los menores magrebíes que juzga. No lo duda: a los tiranos domésticos mayores de edad hay que echarlos a la calle. Ahora ha encontrado otra vena con mucho bombo mediático: la reinstauración de la mili obligatoria. Lo he sugerido yo mismo a veces, en *plan* dinamizar la tertulia, dicho en la jerga de la muchachada en vigor.

Vaya por delante que creo que todo ciu-

dadano de un país debe saber lo que son el ejército y la defensa nacional, hacer un par de meses de instrucción con recuerdos periódicos, notar la estadística demográfica y la diversidad de su país, sentir un tiempo la escasez y la jerarquía incontestable. A quienes esto espanta, suele seducirle el mimetizado de frente popular: ejército al cabo. Serví en Transmisiones, y pasé varios meses -gloriosos- en mi desierto tártaro de la memoria; un *resort* caquí, espartanísimo y sin chincas, el Peñón de Alhucemas. Aunque no pocos de mis amigos más disciplinados, gentiles y prósperos no hicieron servicio militar alguno. La cosa tiene pegada, como bien sabe el juez y conferenciante manchego. Pero no es nada fácil. Y menos en este país. Reclute usted a un muchacho de la CUP o de Junts pel Sí. A un hijo de un batasunero borroka. O a un *vitellone* de cualquier región que lo tiene todo desde chico. Me da la risa.

Los países más socialmente decentes del planeta, los escandinavos, conservan la mili obligatoria: temen a Rusia, temen al terrorismo islámico instalado en sus perfectos barrios de periferia. España no teme a nadie de fuera: nuestro presupuesto en Defensa es ridículo comparado con nuestro vecino más (teóricamente) inquietante, Marruecos. Vamos de ricos a salvo de todo peligro exterior. Ahora Suecia recupera la mili forzosa. Un 70% de su población aplaude la medida. No sabe uno ya si están sus neuronas para aprender sueco. Siempre nos muestran la matrícula. Dicen que no existe la sana, así que será envidia sin más.